

Impresiones de un viaje por América

Por Baldomero SANCHEZ CUENCA

II

EN el congreso de Quitandinha no hubo novedades sobresalientes, como suele ocurrir en la mayoría de las reuniones periódicas de esta clase. Como entre una y otra transcurre por lo común un lapso de tiempo bastante largo, no se reservan para ellas las novedades. Estas se comunican oportunamente a las Sociedades y Academias científicas y ven la luz en los anales de las mismas o en las revistas especiales. Los congresos sirven más bien a la finalidad de contrastar el valor de los descubrimientos y progresos habidos en el intervalo desde el anterior, dan oportunidad a los maestros para que hagan una revisión a fondo del estado actual de un problema de la disciplina y, por fin, ofrecen una ocasión a los miembros participantes para conocerse personalmente e intercambiar opiniones y puntos de vista sobre las cuestiones en litigio. Este último aspecto, que parece subalterno y se desarrolla al margen del programa oficial del certamen, esto es, "entre bastidores", es a veces tan importante, o más, que la labor desarrollada a la vista del público.

Hubo ponencias y comunicaciones muy interesantes, especialmente alrededor de la alergia en la tuberculosis y en la lepra, dos problemas de gran interés práctico en el Brasil, pero la base de las sesiones importantes la constituyó la aportación de la experiencia sobre la acción de los últimos esteroides de síntesis, *prednisona* y *prednisolona*, en la alergia, tanto en el laboratorio como en la clínica. La aportación por parte de todos fué muy amplia, porque aunque estaba muy reciente la entrada en escena de estos remedios se difundieron rápidamente y todos pudimos ir a Río con una impresión personal de su utilidad y eficacia, que quedó allí remachada. Se proyectaron películas científicas en colores verdaderamente maravillosas, impresionándome especialmente una brasileña sobre la lucha contra la botriomicosis, terrible enfermedad, incurable todavía, producida por un hongo, y en cuyo tratamiento los colegas brasileños van logrando resultados muy alentadores con determinada sulfonamida.

Terminados el Congreso y la efímera revolución, nos trasladamos a Río. A la llegada pudimos observar aún movimiento de tropas y columnas de tanques, artillería y vehículos militares de transporte, y aunque las entradas estaban tomadas militarmente, pasamos sin dificultades ni molestias.

Estuve tres días alojado en un hotel de la famosa playa de Copacabana, animada ya por una considerable y abigarrada concurrencia de bañistas. El espectáculo de Copacabana es maravilloso: cerca de cinco kilómetros de playa en suave curva, bordeada por un paseo muy cuidado y respaldada por ochenta rascacielos, con los bajos de los mismos ocupados por las terrazas de elegantes hoteles y modernos establecimientos, heladerías, comercios y exposiciones de arte y decoración, automóviles, etc., todo muy fino y audazmente moderno, hacen un conjunto difícilmente igualable. Y resultaría del todo magnífico si por las bocacalles no recibiera uno a cada paso "el golpe" brutal y despiadado de las *javelas*, de las que en seguida hablaré.

Río de Janeiro es una ciudad inmensa que se ha extendido a lo largo de una complicada bahía, y el terreno que la circunda está constituido por una serie de valles entre numerosos mon-

tículos más o menos cónicos, cubiertos todos ellos de abundante vegetación, especialmente en las partes bajas. En algunos llega la vegetación, de aspecto selvático, hasta la cima, y en otros, como el famoso "Pan de Azúcar", es una peña cónica el remate de la elevación. Aunque el Pan de Azúcar, que viene a estar en el centro de la bahía, es el más conocido, existen, dentro y fuera de la capital, muchas otras elevaciones del terreno bastante parecidas, dándole al paisaje un aspecto enteramente distinto de lo que uno ha visto hasta entonces. El paisaje de Río de Janeiro y sus alrededores, no se parece a ningún otro; es un carácter genuino y especial de aquella peregrina bahía.

Estos montículos interrumpen de trecho en trecho la continuidad urbana y contribuirían resueltamente al embellecimiento de la ciudad si no fuera por las innumerables y horribles chavolas y chozas con techo de lata que en informe y abigarrado conjunto se encaraman y trepan por las laderas hasta alturas inverosímiles. Lo desigual de las primitivas construcciones, su amontonamiento, sin otra mira que la de aprovechar el más pequeño espacio libre, el aspecto exterior miserable que debe corresponderse con un interior no menos mísero y repelente, las pinceladas de color de las ropas colgadas a secar en las ventanas..., todo ello en el mismo centro de una ciudad maravillosa y contrastando crudamente con el lujo y magnificencia de construcciones que son, sin duda, las más audaces de la arquitectura de nuestra época y se hallan en la inmediata proximidad de las favelas, hace un efecto chocante al que la vista se acostumbra difícilmente. Porque es el suburbio, el horrrísono suburbio que uno quisiera saber que no existe, ingerido en la ciudad y puesto allí bien de manifiesto para sonrojo y escarnio de una sociedad que apenas ha hecho nada serio, definitivo y cristiano que conduzca a su desaparición.

Me decían los cariocas que habían tenido que tolerar este baldón para soslayar otros conflictos económicos, pues las favelas están habitadas por negros y gente de condición modesta que trabajan en la capital y como esta es tan extensa (más de sesenta kilómetros a lo largo de la bahía), si vivieran aquellos en las afueras invertirían en sus desplazamientos diarios tiempo y dinero superiores a sus posibilidades o los jornales ten-

drían que ser elevadísimos y se encarecería todo. Parece, sin embargo, que el actual Arzobispo de Río se ha propuesto acabar con el desconcertante espectáculo y espera obtener fondos de la caridad pública con los que levantar edificaciones adecuadas en la inmediata proximidad de las favelas para albergar a sus moradores y destruir luego aquella visión anticipada del purgatorio.

En el centro aproximadamente de la ciudad se levanta un montículo que la domina y en cuya cima han erigido los cariocas un impresionante y colosal monumento al Sagrado Corazón de Jesús. Es Corcovado. Se sube a lo alto mediante un tranvía, y en lo más escarpado facilita el acceso un ferrocarril de cremallera. También puede subirse en coche por una complicada carretera helicoidal que parece que no acabará nunca, pues este accidente del terreno se eleva hasta setecientos metros en un espacio no demasiado grande. El emplazamiento de la colosal imagen es grandioso y desde él se disfruta al oscurecer una de las vistas más maravillosas que uno pueda imaginar: la extraordinaria y complicada ciudad con sus anchas avenidas y el rosario de sus luces reflejándose y retorciéndose en el contorno de la peregrina bahía, es un cuadro inolvidable y bellísimo cuyo recuerdo me emociona aún.

Río de Janeiro es una ciudad inmensa, cuyo recorrido se hace ahora cómodamente en coche gracias a los túneles que han hecho a través de los montículos de las favelas, con un panorama urbano enteramente distinto de los visto en cualquier otro sitio. Ofrece además la complicación de un lago interior bastante grande, que realza aún su belleza.

III

LA salida de Río hacia San Pablo por el aeropuerto de Santos-Dumont no deja de ser notable en algunos de sus detalles. Este aeropuerto, que es magnífico y sirve sólo para las líneas interiores o nacionales, se halla enclavado dentro mismo de la ciudad y esto representa una ventaja considerable. Si

se une a ello que en cualquier momento se encuentra un avión que le traslade a uno a la otra gran capital del país, no resultará exagerado decir que viajar en avión por aquellas tierras es algo tan sencillo e intrascendente como por aquí tomar el autobús o el tren. Esto, que volveremos a encontrarlo en otras extensas naciones de aquel continente, no es porque se hallen muy avanzadas en su desarrollo y progreso, puesto que en otros aspectos muestran considerable retraso, sino por exigencia de las circunstancias y necesidad de los tiempos actuales: no han tenido tiempo, dinero ni técnicos para trazar las vías terrestres (ferrocarriles, especialmente), que unan los apartados lugares del inmenso país y la aviación ha llenado este hueco consiguiendo establecer una rápida relación entre los puntos extremos de la nación. Por otra parte, las carreteras y ferrocarriles a través de territorios tan dilatados y sembrados de obstáculos y dificultades (montañas, selvas impenetrables, ríos anchísimos, territorios salvajes, etc.), no hubieran resuelto nunca el problema de una comunicación tan eficiente y segura como la obtenida con la aviación.

El hecho es, que para ir de Río a San Pablo uno puede acudir a cualquier hora al aeropuerto en la seguridad de que encontrará un avión de cualquiera de las seis compañías nacionales que se disputan la clientela, compitiendo en material, amabilidad y eficiencia en el servicio. El viaje se prolonga poco más de dos horas y tras de sobrevolar los rascacielos de la extraordinaria ciudad de San Pablo, se toma tierra en su moderno aeropuerto, primera muestra de la audaz arquitectura que tendríamos pronto ocasiones numerosas de contemplar y admirar.

San Pablo es una ciudad impresionante; la que más huella ha dejado en mis recuerdos de cuantas he visitado en mi largo periplo americano. Acaso sea porque no esperaba lo que encontré, pero, de cualquier manera, cuando repaso ahora la memoria de todo lo visto y establezco comparaciones, sigue sobresaliendo la visión de San Pablo como algo único en el conjunto de mis recuerdos. Es una población trepidante, de singular dinamismo, en plena ebullición, cuyo desarrollo y crecimiento

parecen hacerse a la vista de uno. Dará una idea de su ritmo evolutivo que hace veinte años apenas tenía un millón de habitantes y hoy cuenta tres millones y medio. La afluencia de gente de todos los países y de todas las razas, es fabulosa; sólo la colonia española es hoy de 240.000 individuos, absorbidos por los múltiples negocios, fábricas y problemas de una ciudad eminentemente comercial, pero, al mismo tiempo, culta y refinada, como se echa pronto de ver en sus modernos y elegantes comercios, en la abundancia de librerías bien abastecidas de lo mejor en literatura, ciencia y arte, en todas las lenguas cultas, y en el porte y disciplina de la gente por sus calles bien urbanizadas y con un tránsito de vehículos de verdadero torbellino. Algunos cruces céntricos, con sus pasos subterráneos, a nivel de la calle y elevados, sobre puentes viarios que salvan varias calles, parecen una visión anticipada de lo que tendrán que ser muchas ciudades en un porvenir no demasiado lejano, si se quiere dar una solución razonable al complicado problema de la circulación rodada y de peatones en los grandes centros urbanos.

Abundan en San Pablo los rascacielos, pero estos edificios monstruosos, que no han sido nunca de mi gusto, ofrecen un aspecto en esta ciudad que me ha reconciliado con ellos. El paso por el Brasil de Le Corbusier y la semilla sembrada por Oscar Niemeyer, han dejado una huella en la arquitectura que trasciende a todas sus manifestaciones, y uno, que es de otro tiempo, tiene que confesar, sin embargo, que hay verdadero arte en aquellas líneas geométricas que guardan armónicas proporciones. Son desdichadas y ridículas muchas cosas de las que se ven en algunos edificios con pretensiones de torres que se alzan solitarias y sin gracia. Pero hay también cubos gigantescos que comprenden toda una manzana —o cuadra, como dicen en América—, se elevan hasta cincuenta plantas o más y descansan sobre unas columnas que hacen el milagro de restar gravedad a la masa inmensa, que tienen indudablemente un encanto singular. Este es realzado aún por el detalle, que le quita a la masa espesor y pesadumbre, de ser las cuatro paredes de cristal desde la terraza hasta las columnas, y cuando al

oscurecer se encienden las luces del edificio parece aquello un fantástico farol, ingrávigo y aéreo, que sorprende y cautiva.

Una de las construcciones más modernas y eficientes es el gran Hospital de Clínicas, que funciona adscrito a la Facultad de Medicina y en el que se dan las enseñanzas y prácticas, médicas y quirúrgicas, de la carrera. Todo es allí luminoso, amplio, ordenado y eficiente, dando una impresión de lo que debe ser la organización moderna de un hospital clínico que cumple holgadamente la función social de asistencia al desvalido y la docente de educación y formación del médico. También la Facultad de Medicina, en edificio próximo pero independiente, es una construcción moderna que se ajusta a los cánones más exigentes. Coincidió mi visita con los exámenes de fin de curso y pude apreciar que las pruebas eran especialmente rigurosas en problemas de índole práctica y de inmediata aplicación utilitaria.

La Medicina ha alcanzado en el Brasil un grado de progreso muy considerable en todas sus ramas, contando con grandes maestros cuyas ideas y tendencias son tenidas en cuenta en el resto del mundo científico. Pero se han distinguido especialmente en la lucha contra ciertas infecciones y parasitosis propias del país desde un Instituto denominado de "Oswaldo Cruz", en homenaje a este investigador y parasitólogo brasileño, de renombre universal. La lucha contra la botriomicosis, el llamado Botón de Oriente, el paludismo, fiebre amarilla, amebiasis, etc., son hoy capítulos de la patología jalonados por numerosos nombres de ilustres médicos brasileños y en algunos casos desarrollados exclusivamente por ellos.

Invitado por el Director del Hospital, Prof. Vasconcellos, di dos conferencias en su cátedra. El mismo profesor me propuso hacer una charla de divulgación por la radio, con el fin de despertar la atención del público sobre estos problemas de la alergia cuya importancia social aumenta cada día en todas partes. Accedí a ello con gusto y desde la antena de *Radio Gazetta* entretuve a los radioyentes un cuarto de hora, haciéndoles la referencia anecdótica de la epidemia de asma acaecida hace dos años en aquel país precisamente, en la localidad brasileña

de Baurú, que en cuatro días atacó a 420 personas y ocasionó nueve defunciones, aterradora incidencia que he referido en un libro mío, recientemente publicado (*). Esta charla tuvieron la gentileza de grabarla en un disco gramofónico que me han enviado después.

Un matiz casi exclusivo de la medicina brasileña es el estudio y utilización terapéutica del veneno de las serpientes, llevados a cabo en un Instituto instalado en las afueras de San Pablo, denominado Butam-tam. En este instituto se hace el estudio toxicológico e inmunológico del veneno de la cobra en un intento loable de hallar su posible utilidad terapéutica contra el cáncer, para el tratamiento de los individuos mordidos por aquel terrible ofidio y para desentrañar el secreto de su enérgico neurotropismo, así como las consecuencias prácticas que puedan derivarse de un mejor conocimiento de la intrigante farmacobiología de tan violento veneno.

La visita a este centro tiene también un aspecto popular. Las serpientes, en número que escalofría, se hallan en unos departamentos (especie de fosos) a la entrada del Instituto, pudiendo acudir la gente a contemplarlos alrededor de los muros bajos que circundan los fosos. Ante el asombro del público, el cuidador de los ofidios entra de vez en cuando en el foso y con un gancho montado en el extremo de una vara prende a los animales y los hace salir de sus escondrijos a la vista del público. Las cobras yerguen sus aplastadas y "anchotas" cabezas y lanzan al cuidador de vez en vez un rápido saetazo, en un movimiento de relámpago del extremo erguido, el cual es dado al aire generalmente porque aquel veterano es "perro viejo" en el asunto y esquiva el asalto sin darle la menor importancia. Luego, el pintoresco "ofidiólogo" coge una cobra por la cabeza y le extrae el veneno exprimiendo las bolsas de la base de los dientes correspondientes sobre el borde de una copita graduada y el animal es privado así de 2 a 4 c. c. de un líquido parecido al zumo de naranja, que es el mortífero tóxico del ofidio.

Había también serpientes de cascabel y otras, con dibujos

(*) Sánchez-Cuenca, B.: **El Médico y la Medicina de ayer y de hoy.** M. Aguilar, Madrid, 1955.

muy curiosos en el lomo, absolutamente inofensivas, las cuales podían ser manoseadas por la gente sin peligro.

Terminada mi actuación científica, el Cónsul español, señor Gómez-Acebo, me llevó en coche a Santos, el puerto del café y el puerto de San Pablo. Está unido a este último por una excelente autopista de 70 kilómetros con varios túneles en el trayecto, que es pintoresco y agradable. La noche de ese día me llevó el señor Gómez-Acebo a presenciar un partido de fútbol entre las selecciones nacionales de Brasil y Paraguay. El entusiasmo del pueblo brasileño por el fútbol y sus jugadores supera con mucho a la pasión que pone el nuestro en este juego. Cada gol de los brasileños iba acompañado por un trepidante alarido de la multitud que llenaba el inmenso stadium y saludado con dos o tres cohetes de los fuertes. En cambio, los goles contrarios fueron hechos en medio de un impresionante silencio y como si cada espectador hubiera recibido una puñalada en el corazón. A pesar del ardoroso e ininterrumpido aliento de la "hinchada", hubo empate a tres tantos y quizá fué mejor así para la integridad corporal de los paraguayos, que demostraron ser animosos y excelentes jugadores.

